

Si es que por mi desgracia y corta suerte,
He de boluer de nueuo à lamentarme,
Para mas afligirme y lastimarme.

CANTO VEYNTE Y QVATRO.

COMO SE DIO LA NVEUA AL GOVERNADOR, Y DE
lo que fue sucediendo, hasta llegar à san Iuan
de los Caualleros.

O Mas que loca, incierta, debil, y dudosa,
Esperança variable de los hombres,
Y sus vanos y altiuis penfamientos,
Pues que en mitad de la carrera vana,
Quando con mas braueça la atropellan,
De subito se vnde y zozobran,
Primero que en seguro y dulce puerto,
Puedan de su barquillo tenue flaco,
Dando fondo, aferrar la pobre amarra,
Porque como begigas muy hinchadas,
Que con agua y jabon los niños tiernos,
Por libiano cañuto al ayre esparzen,
Que quando mas vistosas y agradables,
En vn instante vemos desbanecen,
Tan sin rastro de aquello que mostraron,
Qual si nunca jamas ouiesfen sido,
No menos Rey sublime y poderoso,
Todas las mas humanas esperanças,

Al

Al fin como mortales desbanecen,
Y entonces se confumen, y se acaban,
Quando dellas estamos mas afsidos,
Mas prendados, mas firmes, y mas ciertos,
Y menos sospechosos de perderlas,
Cuiã verdad nos mueltra y manifiesta,
Aqueste claro exemplo que tenemos,
Pues auendonos puesto la fortuna,
En la mas alta cumbre de su rueda,
Teniendo ya pacifica la tierra,
Sin ver gota de sangre derramada,
Como nunca jamas se vio parada,
Auiendose mostrado favorable,
En enemiga buelta fue boluiendo,
Dandonos quando menos entendimos,
De su mudable fee patente indicio,
Y asì llegaron juntos los amigos,
Y dando al General la triste nueua,
Siendo Casas de vista buen testigo,
Para mayor dolor y sentimiento,
Del desaltrado caso que contaua,
Cuiõ progreso apenas fue acabando,
Quando se derribò de su cauallo,
Que encubertado todo le traia,
Y por sus ojos lagrimas vertiendo,
Y el rostro para el Cielo lebantando,
Hincadas las rodillas por el suelo,
Puestas las manos todo demudado,
Asì esforçò la boz desalentada,
Hablando à Dios el triste cauallero,
Gran señor si la pobre nauezilla,
Que aquel grande piloto de tu Iglesia,
Quiso y tuuo por bien de encomendarme,
La tienes ya por mi aborrecida,
Si por mis graues culpas no merece,
Le des tu mano santa generosa,
Por esta vez suplico la perdones,

Y

Y no permitas paguen inocentes,
La mucha grauedad de mis delictos,
Y si combiene todos zozobremos,
A tu voluntad fanta poderosa,
Estoi aqui fugeto y muy rendido,
Mas pues llegado auemos à estas tierras,
Suplicote señor que nos aguardeś,
Suspendiendo el rigor de tu justicia,
Y el grande y graue azote que descarga,
Y ferenando nuestras pobres almas,
Gozemos del valor de tu clemencia,
Con estas y otras cosas lamentables,
Alçandose del fuelo follozando,
Tomò el cauallo bien enternecido,
Y asì como llegamos al parage,
Solo à su tienda quiso recogerse,
Hincado de rodillas, y en las manos,
Vna Cruz pobre, hecha de dos trozos,
Ambos con su corteza mal labrados,
Que à falta de otros me mandò buscase,
Y que à su tienda luego los truxesse,
Donde passò la triste y larga noche,
Gimiendo amargamente y suplicando,
A Dios nuestro Señor le dieffe esfuerço,
Para poder llevar tan gran trabajo,
Y luego que la luz entrò rompiendo,
De la obscura tiniebla el negro manto,
Mandò que me llamasen y dixessen,
Iuntos los compañeros le lleuase,
Y estando à una todos recogidos,
Y sin consuelo lagrimas vertiendo,
Salio del pabellon todo cubierto,
De funebre dolor, manfo lloroso,
Los ojos hechos carne y viua sangre,
Hinchados, tristes, tiernos, mal enjutos,
Descolorido todo y trasnochado,
Y afligido apretandose las manos,

Estan-

Estando alli parado por buen rato,
Asì como del aspero tomillo,
Azedo y defabrido vemos faca,
Miel para el panal la cauta aueja,
Y della se focorre y faborece,
Quando los tiempos cargan mas sin jugo,
Asì el Governador à sus soldados,
Desconsolados, tristes, y afligidos,
Queriendo por tres vezes esforçarse,
A dezir su razon quedò suspenso,
Con todas las palabras atoradas,
A la pobre garganta y tierno pecho,
Y luego que el tormento fue aflojando,
Algun tanto la cuerda que apretaua,
Dexandole alentar con mas folsiego,
Asì hablò à los flacos coraçones,
Señores compañeros sabe el Cielo,
Que me lastima el alma verlos todos,
Desconsolados, guerfanos, y tristes,
Viendo la gran columna que nos falta,
En el Maese de campo ya difunto,
Y en los demas amigos valerosos,
Cuias vidas sin par y sin medida,
Sirbiendo à las dos grandes magestades,
Sabemos fenecieron y acabaron,
La pobre carne ha hecho ya su officio,
Y asì ferà razon tambien que el alma,
Profiga con el suyo pues es justo,
Que en todo siempre vaya por delante,
No siento aqui varon que no se precie,
De soldado de Christo verdadero,
Pues como tal su sangre, Cruz y muerte,
Viene à comunicar con grande esfuerço,
Por todas estas baruaras naciones,
Se dezir que no tiene todo el campo,
Soldadesca, y exercito de Christo,
Vn tan solo soldado en su estandarte,

Que

Que segun tuuo cada qual las fuerças,
No fuesse fuertemente molestado,
Y rigurosamente combatido,
Dexo todos aquellos que oyeron,
Y que por vista de ojos se hallaron,
A vn millon de defastres prodigiosos,
Con que quedaron todos lastimados,
Y afsi como nosotros afligidos,
Dezidme los demas por donde fueron,
Y qual fue la derrota que lleuaron,
Los vnos viuos fueron enterrados,
Y tambien aserrados otros viuos,
A otros defollaron el pellejo,
Descoiuntados otros acabaron,
Y à bocados de cruel tenaza viua,
Vna gran fuma dellos fenecieron,
Otros crucificados y azotados,
Desquartizados otros valerosos,
Tanto mas esforçados y estimados,
Quanto mayor martirio padezieron,
Si es que teneys espiritu de Christo,
Señores compañeros llueuan muertes,
Carguen trabajos, vengan aflicciones,
Porque el que de nosotros mas sufriere,
Mas triunfo, mas alteza, mas trofeo,
Es verdad infalible que le aguarda,
Y pues esto es afsi, varones nobles,
Defechen cada qual la vil tristeza,
Y à Dios lebante el alma y no desfmaye,
En quien sin duda alguna espero y fio,
Que si con veras todos le seguimos,
Que con veras y por su misma mano,
Auemos de ser todos consolados,
Y luego que el Governador prudente,
Acabò con su platica, parece,
Que qual marchito campo que se alegra,
Y brota, crece, sube, y se lebanta,

Con

Con fuerça de las aguas que derraman,
Las poderosas nuues à su tiempo,
Que afsi todos se fueron consolando,
Sacudiendo de si el disconfuelo,
Y dolor melancolico pesado,
Con que sus almas tristes lastimauan,
Viendo à su General con tanto pecho,
Esforçado, animado, y alentado,
El qual luego empezo à ponerlo todo,
En buen concierto y orden, por si acafo,
A nosotros los baruaros saliesfen,
Y afsi determinò Tomas entrarse,
Como de aquella tierra buen piloto,
Y lengua de los Indios naturales,
A dar auiso à todos los amigos,
Que alli golosos del metal fabroso,
A descubrir las grandes minas fueron,
Para que derrotados se boluiesfen,
A san Iuan con grandissimo recato,
De cuiu esquadra quiso adelantarse,
El Capitan Farfan en compañia
Del Capitan Quefada, porque juntos,
Salieron con la nueva de las vetas,
Segun que atras lo auemos ya contado,
Hecha esta preuencion, que fue importante,
Alçose todo el campo, y fue marchando,
Lleuando en la banguardia gran cuidado,
Y cuerpo de batalla, y retaguardia,
Y porque todo fuesse mas seguro,
Ligeros corredores despachaua,
Que tierra descubriesfen y abifafen,
De qualquiera subcesio que importase,
Y como siempre vemos que aborrecen,
La belleza del Sol los mal hechores,
No libres de traicion y de encubierta,
De noche à punto todos nos velamos,
Con cuidadosas postas desembuelto,

I I

Y

De la nueva Mexico,

Y grandes centinelas bien partidas,
Con que al quarto del alua juntos todos,
Continuamente siempre nos hallamos,
Vigilantes y bien apercebidos,
Y con este orden fuimos à alojarnos,
Fatigados de sed à una cañada,
Por cuias peñas fuimos recogiendo,
Cierta parte de nieue retirada,
Donde el rigor del Sol no pudo entrarle,
Aquesta con el fuego regalamos,
Puesta en los hielmos cascos y zeladas,
Y al fin hizimos razonable aguage,
Con que nuestra gran sed fatisfizimos,
Y aquel que no desamparò los suyos,
Qual verdadera senda fue guiando,
Nuestros cansados passos de manera,
Que llegò à saluamento todo el campo,
Muy cerca de san Iuan adonde estaua,
El Sargento bien triste y cuidadoso,
Porque nunca jamas auia tenido,
De todo nuestro campo nueva alguna,
Viendo el Governador quan cerca estaua,
Mandò salir al niño don Christoual,
Para que de su parte visitase,
Al Sargento mayor por su persona,
Y porque su edad tierna no le daua,
Lugar à lo que el Padre pretendia,
Para que aquesta falta se supiesse,
Y que por el vbiesse quien hablase,
Encomendose toda aquesta causa,
Al Capitan Quesada, y juntamente,
Que fuesse yo con el al mismo efecto,
Mandonos que con veras se pidiesse,
A todos los amigos que escufasen,
De salir al camino à recibirle,
Porque seria ocasion de lastimarle,
Mas de lo que el venia, aunque esforçando,

A

Canto Veynte y quatro

130

A todos los del campo fatigado,
Tambien nos encargò que con cuidado,
Viessemos de su parte à las biudas,
Y à todos los demas que perdidofos,
Quiessen por defastre, o mala suerte,
De la desdicha de Acoma salido,
Y à todos ofreciessemos con veras,
De su miima alma y vida todo el resto,
Porque con alma y vida procuraua,
Hazer en su consuelo tanto efecto,
Quanto era bien hiziesse par salbarse,
Llegamos pues à casa del Sargento,
Cuiã vista me puso en gran tristeza,
Porque de tres que juntos estuuiamos,
Dentro de aquel aluergue descuidados,
Ya guerfanos los dos quedado auemos,
Aguardando encogidos nuestra suerte,
Dios sabe qual serà, y tambien el quando,
Visitamos tambien à las biudas,
Y fue tal el dolor que en todas vimos,
Que afsi como al Sargento no hablamos,
Menos à ellas palabra les diximos,
En esta sazon luego tras nosotros,
Llegò el Governador con todo el campo,
Y estando en su prefencia todos juntos,
No se escapò garganta que añudada,
Enzobada y suspenfa no se viesse,
Ni ojos que alli no se quebrasen,
Rebentando de lagrimas copiosas,
Viendo al Governador que auia llegado,
Y sin que hombre razon alli dixesse,
Solo vbo abraços tiernos y apretados,
Criança de buena gorra y no otra cosa,
Y afsi juntos al Templo le lleuamos,
Donde tambien los santos Religiosos,
Sin dezirle palabra le abraçaron,
Y rindiendo al inmenfo Dios las gracias,

Por

Por su buena venida le cantaron,
Te Deum laudamus, todos muy contritos,
Y acabado el oficio todos fuimos,
Con el hasta su casa bien llorosos,
Y dexandole alli fue repartida,
La cuidadosa vela por sus quartos,
Y cada qual se fue qual nunca vaya,
Alarabe ni Moro à su posada,
Desconsolado, triste y afligido,
En su confusso pecho reboluiendo,
Cien mil quimeras tristes, lastimofas,
Y las zozobras grandes y trabajos,
Ordinarios que siempre nos cargauan,
El pesado defastre fucedido,
La soledad del campo sin su abrigo,
La tierra rebelada y alterada,
El pequeño focorro y gran peligro,
Nuestro flaco partido y corta fuerça,
La enemiga pujança si quifieste,
Profeguir en la rota començada,
Todas aqueftas y otras muchas cosas,
Las lastimadas almas reboluian,
Dentro de sus aluergues alteradas,
Y el General prudente que afsistia,
Velando y no durmiendo en esta causa,
Y en cuio ofado y animoso pecho,
Los cuidados de todos se encerrauan,
Aguardando à la luz de la mañana,
Estaua el esforçado cauallero,
Y para ver el orden que ha trazado,
Pues viene ya rayando el claro dia,
Serà razon que yo tambien me aguarde,
Y en advertirlo todo no me tarde.

CAN-

CANTO VEYNTE Y CINCO.

*COMO SE HIZO CABEZA DE PROCESSO, CONTRA LOS
Indios de Acoma, y de los pareceres que dieron los
Religiosos, y de la instruccion que se le dio al
Sargento mayor, para que saliesse al castigo
de los dichos Indios.*

NO bien la fresca Aurora entrò rindiendo,
El encogido quarto, quando estaua,
El fuerte General sin defarmarse,
Hablando con las velas y ordenando,
Por auerse ya muerto el Secretario,
Iuan Perez de Donis, vn gran fugeto,
Y que firuio muy bien en esta entrada,
Hizieste Iuan Gutierrez Bocanegra,
Alcaide y Capitan, por ser muy diestro,
Contra la gente de Acoma y su fuerça,
Cabeça de proceso, y esta hecha,
Estando ya la causa sustanciada,
Antes de dar sentencia quiso diesse,
El Padre Comissario y Religiosos,
Su voto cada qual sobre estas dudas,
Cuios escritos graues me parece,
Que sin mudar estilo aqui se pongan.

Caso